

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, I.

AL DIA

LA FIESTA DE LOS REYES

Esta, como la de Navidad la celebra todo el orbe católico, solemnizando el día en que los Reyes de Oriente adoraron al niño-Dios, que tenía por cuna un humilde pesebre.

Así como la Navidad es fiesta de familia para pasar la velada, la de hoy pertenece á los niños, á esos seres que aún, por su dicha, no han abierto los ojos del alma y viven en la más completa y pura inocencia.

Esta noche pasada, cuántas madres habrán entrado de puntillas en la habitación donde duermen los hijos de sus entrañas, para llenarle las botitas de dulces y regar por los suelos los soldaditos de plomo y los rubios bebés!

¿Qué padre se habrá retirado á su hogar sin gastar antes una parte de su mísero jornal en dulces que habrán hecho las delicias del hijo que Dios le dió?

En verdad que es una dicha ese estado del alma en que cerrada aún á la malicia como el naciente capullo á la golosa abaja, percibiendo por sus poros el cálido beso de un sol que le alimenta sin robarle ni un átomo de su escondido perfume.

Dichosos los que creen aún, en la venida de los Reyes Magos y sueñan con tres hombres, uno de ellos negro, que vestidos con bordadas ropas, vienen llenando de dulces y juguetes las botitas puestas en los balcones.

Pero así como estos dichosos niños gozan un placer imposible ya para nosotros, un placer puro mezcla de respeto, de amor, de complacencia, de agradecimiento, de alegría, otros pobrecitos recogidos en la Casa que la Caridad les construyó, cuán grandes serán sus amarguras y decepciones si imaginaron encontrar y al cabo no hallan nada.

Cómo abrirán sus lípidos y absortos ojitos cual si quisieran con aquella mirada encontrar algo en el fondo de su cerebro, que le aclare el *porqué* á él no le *echan* siendo bueno y amando mucho á Dios, y á otros sí, y mientras allá hondo, muy dentro de su ser, se verifica esta lucha lógica aún en sus pocos años, de su pequeña boquita contrita por los *pucheros*, saldrán amargos y dolorosos suspiros y de sus ojos ardientes lágrimas!

La suerte es muy varia. Dios le dispuso así, derramó sus bienes y no por partes iguales, y hay que creer en que este es efecto de su voluntad, de su soberana sabiduría, sino ¿quién habría de probar que era bueno negar á estos pobres niños, lo que á otros les sobra en abundancia?

EL BANQUETE DE LOS MAGOS

En extramuros, en una casita de paredes ruinosas ennegrecidas por el humo de las cercanas fábricas, habitaba Julia en compañía de su hijo Enrique, pequeña criatura de siete años de edad.

Julia era viuda, no tenía más parientes que su hijo Enrique, al que amaba entrañablemente, con loco amor de madre; ni más riquezas, que lo que le producía su trabajo.

A la sazón Julia estaba enferma, y no podía ganar el sustento, y esta contrariedad le apesadumbraba haciéndole pasar ratos crueles.

Merced á algunos vecinos caritativos, Julia y su hijo se llevaban algún pedazo de pan á la boca y esto servíale de lenitivo á las angustias que experimentaba la honrada y laboriosa viuda.

La festividad de los Santos Reyes se aproximaba; al día siguiente, el mundo católico la celebraría; todos los niños gozarían al contemplar los juguetes y golosinas que les dejaran los Magos, menos el suyo, menos su Enrique, que hacía un mes que estaba pensando y aguardando la venida de los Monarcas, con ansia febril.

¡Tantas veces le había hablado su madre de la bondad y generosidad de los Reyezuelos, que ya los quería como se quiere á Dios!

—Madre, esta noche vienen los Reyes.

—¡Pobrecito, esta noche no pueden venir! No ves, angelito mío, que hace un frío glacial y que las lluvias se lo impiden? ¡Vendrán el mes que viene! Duermes y no te afijas.

Y la cariñosa madre con las lágrimas agolpadas en los ojos, dióle un beso y lo depositó sobre un camastro que nada tendría que envidiarle á la cuna del Mesías.

El viento azotaba la casucha de Julia; el agua caía á torrentes golpeando las sucias vidrieras de las ventanas, y un silencio sepulcral reinaba por aquellos alrededores.

Julia abandonó el lecho de su hijo creyéndole dormido y fué á cerrar las puertas de un pequeño huerto que á espaldas de la casa había.

No hubo hecho más que abandonar la estancia, cuando Enrique saltó de su miserable cama, cogió los raídos zapatitos y abriendo las ventanas de su habitación los colocó en el antepecho del marco.

Una bocanada de viento penetró en el cuartucho desmantelado y frío como una fosa.

Temboroso el niño por la acción que acababa de cometer y por la helada, cerró las vidrieras dejando al exterior los zapatitos y se acostó temblando como un criminal sorprendido.

Momentos después de amanecer el día de Reyes, un sol hermosísimo bañaba con sus rayos la casucha de Julia. En una de las ventanas veíanse unos zapatos raídos y orlados por la nieve.

En el interior de la casa, Julia arrodillada delante del lecho de su hijo, lloraba abrazándole.

Una fiebre intentísima se había apoderado del inocente Enrique, que al cometer la imprudencia de colocar su calzado en la ventana, con traicionera saña le había asesinado el viento.

En uno de los momentos de lucidez, Enrique se incorporó en el lecho para decir con débil vozecita:

—¡Madre, tráigame usted mis zapatos que están en la ventana!

Julia lo comprendió todo, pero no quiso contrariar á su hijo y le trajo los zapatos que aún estaban helados.

Enrique miró que no había nada en ellos, derramó una lágrima y media hora más tarde subía á los cielos, en donde los Reyes celebraban un banquete en honor de los niños pobres.

ADELARDO RISTORI.

ANÉCDOTAS

Yendo el rey Enrique IV de caza, se perdió en un bosque, sin conseguir en dos horas encontrar una senda, por más diligencias que hizo.

Por fin halló á un aldeano, le suplicó le sirviese de guía, y él convino en ello sin mucha repugnancia.

Los aldeanos son generalmente curiosos, y lo era bastante el de nuestra anécdota.

—Tú—dijo el aldeano rey—debes ser, sin duda, algún paje de los que acompañan á Su Majestad.

Le veo con frecuencia—contestó el rey con amabilidad.

—¡Caramba! ¡Qué, dicha exclamó el aldeano, la de estar siempre al lado del rey!

Este se sonrió y después dijo:

—¿Nunca has visto al rey?

—Nunca.

—Pues bien, si lo deseas, yo te puedo proporcionar esa satisfacción.

—¡Ah! Yo quiero verle muy cerca, para saber si se parece á los demás hombres.

—Te pondré junto á él tan cerca como estamos ahora los dos.

—Y ¿en qué le conoceré?

—Acuérdate de esto: cuando

lleguemos, procura no separarte de mí; observa entonces á todos, y el que tenga el sombrero puesto, cuando se lo quiten los otros, aquél es el rey.

A poco salieron al camino y todos los cortesanos que esperaban al rey con ansiedad, vinieron á su encuentro, le rodearon y se apresuraron á quitarse el sombrero.

Enrique IV se volvió al aldeano, y le dijo sonriéndose:

—¿Conoces ahora al rey?

—¡Demonio, demonio!—dijo el aldeano, frotándose los ojos.—No hay duda ninguna: ó es usted ó yo, porque somos los únicos que tenemos el sombrero puesto.

LA NIETA DEL PLATERO

I.

Un platero estaba en su tienda, rodeado de perlas y piedras preciosas, y decía:

—El más hermoso joyel que poseo eres tú Elena, mi nieta querida.

II.

Porque Elena, la virtuosa niña de largos cabellos de oro, era hermosa y humilde como la reina de los Angeles, cuyo altar adornaba con entusiasta eslo.

Un hermoso caballero entró, y dijo:

—Salud, mi hermosa niña; salud mi buen platero; hazme una espléndida corona para mi rica desposada.

III.

Y cuando la corona estuvo hecha, brillante como los rayos del sol, Elena, tristemente, así que se halló sola, la puso sobre su cabeza.

IV.

¡Ah, cuán feliz, murmuró, cuán feliz es la desposada que debe ceñir esta diadema!

¡Ay de mí!, si el caballero me diese tan sólo una sencilla corona de sedas blancas, rebosaría de júbilo.

V.

Algún tiempo después, volvió el caballero, examinó la corona, y dijo:

—¡Oh, móntame, mi querido platero, un anillo de diamantes para que pueda ofrecérselo á mi dulce desposada.

VI.

Y cuando el anillo estuvo hecho, deslumbrador con sus diamantes, Elena, tristemente, así que se halló sola, se lo puso en el dedo.

Pasó algún tiempo aún, y el caballero volvió.

